

otros, manantiales sin fin de alentadoras enseñanzas.

En vida, como ya he dicho, vió Carlyle coronada su frente por el laurel glorioso. Muchas injusticias e incompreensión sufrió, pero los escogidos lo escucharon. Si el vulgo literario sólo se asombraba ante su fuerza, si el público lo veía como a algo raro, los prerrafaelistas, refinados e inteligentes, si los hay, lo entendieron bien y no pudieron menos que inclinarse respetuosos ante el viejo profeta, lo que debió alentarle a seguir en la brecha indiferente a las moscas de que habla Nietzsche.

Whistler logró hacer un retrato de Carlyle merced a los buenos oficios de una dama italiana, pues al bronco escritor no le agradaba exhibirse y era impaciente en demasía. Cuando Whistler empezó a trabajar en el retrato, Carlyle suspiró con alivio al ver que se empleaba un grueso pincel. Por desgracia, el minucioso Whistler hubo de emplear más adelante pinceles muy sutiles, y entonces el filósofo se impacientó y sus protestas fueron poco piadosas, costando a los presentes gran trabajo apaciguarlo. Consiguieron al fin que permitiera terminar la copia de su rostro. El cuerpo fué trazado después, utilizándose un modelo.

Nada nos ayuda a entender a un artista como conocer su vida y la impresión que producía en sus coetáneos inteligentes y comprensivos. Los prerrafaelistas dejaron cartas y algunas impresiones sobre el filósofo de Chelsea. William Holman Hunt, el devotísimo historiador de la hermandad prerrafaelista, escribió, en su libro monumental sobre ella, estas hermosas páginas, de las que se destaca clara y viva la inquieta figura del filósofo:

«Cuando yo vivía en Chelsea,—dice—habitaba una casa vecina a la de Carlyle, quien se había granjeado ya, gracias a su genio purísimo, tal respeto y admiración que se consideraba como verdadera heregía el limitar de cualquier modo la adoración que se le prestaba. Aunque Thomas Carlyle carecía del brillo indispensable a los profetas que regeneran y alientan a los fracasados hijos de los hombres, la lectura de cualquiera de los capítulos de él no puede menos que convencer a cualquier hombre que piensa del gran valor del tumultuoso genio del filósofo. No puedo explicarme, por lo tanto, la variación que ha habido en el sentimiento hacia él después de su muerte, ni cómo puede mantenerse tal antipatía estando como están sus libros al alcance de todos. Esta antipatía ha nacido quizás de que la inteligente Mrs. Carlyle, a falta de confidentes vivos, confió a su *Diario* sus sufrimientos, ajena a que ha-

bría de hacerse público. ¡Qué cambio en la reputación de Carlyle, si se compara con la de los días en que los jóvenes autores como James Hannay dejaban mi compañía por un cuarto de hora para solamente contemplar al viejo sabio a través de la intimidad de su balcón!

»He leído todos los libros de Carlyle, pues cuando no los podía comprar me los prestaban y con todo el respeto de que es capaz mi naturaleza he visto a nuestro profeta arrastrándose por las calles vecinas, bajo el peso de su triste genio—me pareció que no llevaba nunca con él a la alegría. Extravagante, como en realidad era su aspecto en su lento vagar, debe advertirse que nunca dejaban los transeúntes, ni siquiera el más grosero mozo, ni el colegial más impúdico, de callar respetuosos a su paso. Se apagaban los gritos inútiles, el ocioso ajeteo ante la apariencia grotesca y la interna majestad de Carlyle. Es digno de notarse también que ninguno de los graciosos incidentes callejeros, ni de los juegos de los chicos o los retozos de los jóvenes hacía detenerse a Carlyle, ni volver la cabeza—sus ojos siempre bajos se veían a sí mismos. A pesar de este hábito de concentración mental, estaba presto a tornar a la realidad. Un día, mientras paseaba por una angosta acera, acertó a pasar una dama envuelta en ancha crinolina y mil cintas; Carlyle se enredó en una de ellas y cayó, pero sin perder la presencia de ánimo desenredó sus pies y se levantó, hizo una amplia cortesía a la señora y siguió su paseo, sin descomponerse, con elegante gravedad, sin manifestar a la dama ningún enfado ni el más leve asomo de burla.

»Con anterioridad a esto, un visitante de Carlyle, al abandonar la casa de éste para verme, informó de su propósito a Mrs. Carlyle, y la señora se informó interesada sobre mi persona y trabajo, curiosidad en la que fué partícipe también su esposo. Esto me indujo, cuando hube acabado algunas pinturas, a pedir a este mutuo amigo que averiguara si el profeta y su esposa se dignarían honrarme con una visita. Aunque yo no lo exaltaba tanto como sus incondicionales adoradores, sí reconocía en él a uno de los verdaderos gigantes de Inglaterra. Obsequiando mis deseos, acudieron Carlyle y su señora.

»En su primera visita, me pareció más alto y joven que cuando lo veía por la calle, y su rostro, a pesar de una sombra de apergaminada tristeza, era uno de los más nobles que he encontrado. Sus ojos azules de grandes órbitas, muy hundidos, tenían los párpados superiores caídos sobre el iris y los inferiores dejaban al sol a veces toda la parte baja de la córnea.

Las cejas eran prominentes, el cráneo grande y elevado, hirsuto el cabello. La nariz y la barba de armonioso tamaño, y, en general, el aspecto del maestro tenía una dignidad inconfundible y propia. Un síntoma de debilidad era la flacura del cuello, y la falta de robusto desarrollo se acentuaba por ligero encorvamiento. Su voz se atiplaba cuando quería animar el melancólico tono de su plática. Seguir su charla era escuchar la lectura de sus libros. No sostenía nunca un diálogo, pero la ternura del hombre se delataba con la naturalidad de sus ademanes y la exactitud oportuna de sus primeras palabras. Como todos los grandes hombres que he conocido, no toleraba ninguna afectación. El presumía, no sin motivo, que la gente—los jóvenes en particular—deseaban que él hablara, no que escuchara a otros, y tal seguridad era la norma de su conversación.

»Sus comentarios entusiásticos a mi *Pastor Mercenario* y mi *Oveja Descarriada* sobrepasaron a mis más atrevidas esperanzas. Una carta de Mrs. Carlyle me probó que no fueron pasajeros ni superficiales sus elogios:

«Querido señor Hunt:

¿Me hará usted el servicio de permitir a Mr. Watson que vea su pintura?

Como he despertado su curiosidad muy vivamente, me considero obligada a conseguir que la conozca.

Mr. Carlyle dice:—Es verdaderamente un gran cuadro. ¡El más grande que ha pintado un modernol—y como es sabido que Mr. Carlyle sólo alaba de manera negativa: (—no es un mal cuadro,—un pintor que no deja de tener cierto mérito—etc. etc.) el presente entusiasmo de positiva alabanza es inusitado y es además tan ardiente que le hace decir que la pintura de usted no será igualada «por ninguno de nuestros contemporáneos».

Sinceramente:

JANE W. CARLYLE».

»Semejante éxito me animó a repetirles mi invitación a visitar mi estudio.

»Mrs. Carlyle, charlando con amigos míos, había afirmado a menudo que ella había sido una belleza y que sus familiares mucho se opusieron a su unión con Carlyle. También a mí me dijo alguna vez lo mismo. Parecíame absurdo que la mujer que merced a su matrimonio se había convertido en una de las celebridades de su tiempo—en vez de vegetar al lado de alguna respetable mediocridad—pudiera pensar en lo que por él había renunciado. A pesar de esto, pude observar que estaba orgullosa hasta la vanidad de su esposo. Mientras él hablaba, ella se colocaba a sus espaldas, y cuando